“Traten de entrar por la puerta estrecha, porque les aseguro que muchos querrán entrar y no lo conseguirán”

Lc 13, 22-30

Autor: Pedro Sergio Antonio Donoso Brant ocds

Lectio Divina

EL CRISTIANO RECIBE, EN EFECTO, DEL ESPÍRITU LA CAPACIDAD DE EXPRESARSE A SÍ MISMO.

La oración es un don del Espíritu Santo que ora en nosotros siempre, que ora en todo el cosmos. De esta realidad sólo puede convencerse quien, liberándose del embarazoso fardo de los razonamientos complicados, se abandona a la aventura del Espíritu, acepta rebasar los confines de lo sensible, de lo que se puede experimentar, y entra en la tierra de lo inexpresable y de lo inaprensible.

Se trata de una realidad que sólo puede ser comprendida, incluso vivida, por los pobres de espíritu. Lo indispensable para orar es, por tanto, tener un alma de pobre. Así pues, si con excesiva frecuencia nos encontramos en dificultades con la oración, es probable que la causa se encuentre en la inconsistencia de la fe, en la superficialidad de nuestra vida, en nuestra desmemoria crónica: no somos conscientes de que hemos sido hechos capaces —como hijos de Dios— de orar en el Espíritu del Hijo unigénito. El cristiano recibe, en efecto, del Espíritu la capacidad de expresarse a sí mismo. Entonces la oración se le vuelve algo connatural y no tiene miedo de que su voz vaya a chocar contra una barrera de silencio, puesto que no duda del amor del Padre, ni siquiera cuando le parece callar. El silencio de Dios es también, en efecto, una respuesta. Cuando nosotros deseemos y pidamos cosas equivocadas, el Padre nos escuchará dándonos no lo que pedimos, sino lo que es verdaderamente un bien para nosotros.

Los rasgos particulares del hombre que vive según el Espíritu son la humildad y la oración incesante, la fuerza y la dulzura de la caridad, la paz y la alegría; con todo, esta fisonomía no se adquiere de una vez para siempre: está en continuo perfeccionamiento. El grito de la oración —cargado con toda la angustia y la esperanza humana— es la más alta profesión de fe en aquellos en quienes no está contristado el Espíritu. Y el hombre de hoy tiene más necesidad que nunca de que haya alguien a quien pueda llamar “Padre”, para darse cuenta de que no es simplemente el resultado de un largo proceso biológico, sino el fruto del amor de un Dios que le ha amado y querido personalmente desde siempre y para siempre.

ORACION

Oh Señor, les has invitado a seguirte por el camino de la cruz, pero temieron por sus hombros de cristal. Les exhortaste a convertirse según el radicalismo evangélico, pero la promesa estaba desproporcionada respecto a la renuncia. Les señalaste un sendero estrecho y difícil, pero les sedujo la autopista amplia y cómoda. Y ahora llaman tus ovejas, pero tu puerta permanece cerrada.

Oh Señor, he visto venir a miserables desde todas partes de tu Reino: sucios, harapientos, gente cargada con pesados fardos; he visto a gente de toda edad, lengua y color con fardos de hambre, duras injusticias, persecuciones y guerras. Tus “bienaventurados” han llamado y tu puerta se ha entornado.

Oh Señor, son muchos los que todavía se están acercando: llevan banderas diferentes, profesan religiones nunca oídas, se consideran paganos, indiferentes, no creyentes, y los lleva arrastrados la corriente tortuosa del mundo. Sedientos de verdad, buscadores de sentido, llaman a la puerta y tu puerta se abre.

Oh Señor, no se salvan los que se consideran elegidos, sino aquellos que te buscan con corazón sincero y hacen tu voluntad.